Amor de hija

Escobar

AMOR DE HIJA:

comedia en tres actos,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON IGNACIO JOSE ESCOBAR.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Julio de 1845.

PERSONAGES.

EL CORONEL ROCHE (45 años), *padre de*
EMILIA.
ADELA, *esposa en segundas nupcias del coronel.*
EL VIZCONDE DE FERRIERES.
FRANCISCO RIBAUD, *primo de Emilia, capitan de artillería.*
VALENTIN, *criado.*

La escena pasa en una casa de campo del coronel, á dos leguas de París.

Acto primero.

El teatro representa una sala elegante, con puertas en el fondo y á los lados: ademas habrá á la izquierda, en primer término, un balcon con vistas á la entrada principal, y otro á la derecha que dé al jardin. La puerta de la izquierda conduce á la habitacion de Adela, la de la derecha á la del coronel.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA. ADELA. EL CORONEL. EL VIZCONDE.

(*Aparecen á la derecha del espectador el coronel y el vizconde, jugando al ajedrez, vuelto el primero de espaldas á las señoras: á la izquierda Adela bordando, y Emilia, un poco mas retirada, pintando á la aguada.*)

Coronel. (*Muy atento al juego, mientras que el vizconde apenas hace caso.*) Hola! hola! jaque á la reina... con el caballo. (*Mirándole risueño.*) Ni siquiera ha caido en ello!

Vizconde. (*Dejando de mirar á Adela.*) Ah! perdonad, coronel... (*Jugando.*)

Coronel. Cabal, eso es: al rey toca defenderse. Los tales caballos tienen la marcha mas pérfida que se puede imaginar: pero afortunadamente vamos á poner remedio. Hé aqui un peoncito que parece que no hace nada, y es el que os va á derrotar. Dos veces ha salvado ya á mi reina; es su angel de la guarda. (*Pausa.*)

:

Emilia. (*Mirando á hurtadillas al vizconde con suma inquietud.*) Sin apartar ese hombre los ojos de este lado!

Vizconde. Pues señor, no me queda otro recurso que la retirada.

Coronel. Eso era de esperar. No veíais que os estabais precipitando? La viveza los pierde á estos muchachos.

Adela. (*Ap.*) Me turban esas miradas... temo que haya adivinado... (*Da la una en el reló.*)

Coronel. (*Sorprendido.*) Es ya la una, Emilia?

Emilia. Acaba de dar, papá!

Coronel. Voto al chápiro! Pues amigo mio, con vuestro permiso, lo dejaremos por hoy...

Vizconde. Como gusteis.

Coronel. Y lo siento por vida mia, porque llevaba en buen estado la partida.

Vizconde. Con efecto, yo estaba comprometido. He jugado malditamente.

Coronel. Apenas me queda ya tiempo para salir á esperar á mi sobrino.

Vizconde. Pues no os detengais. (*Aparte mirando á Adela.*) Oh! si pudiera aprovechar su ausencia...

Coronel. Emilia, tú me acompañarás.

Emilia. Como gustes, papá!

Adela. (*Ap.*) Dios mio! quedarme sola!

Vizconde. (*Aparte con satisfaccion.*) Ah!

Emilia. (*Con viveza, despues de sorprender esta esclamacion de júbilo.*) Y en verdad, papá, que mejor sería...

Coronel. Qué?

Emilia. Que me quedase... Tengo que hacer mil cosas...

Coronel. Como quieras. Pero ya que he mandado poner la carretela, y supuesto que Francisco viene solo, si no tienes inconveniente, puedes tú venir, Adela, y vos tambien, vizconde.

Adela. Sí, con efecto...

Coronel. (*Al vizconde.*) Y vos, qué decis?

Vizconde. Que para mí siempre es un placer acompañar á mis amigos.

Coronel. Mi plan es ir á esperarle á la primera parada, y si venís con nosotros, conocereis antes á un valiente capitan de artillería, primo y hermano de armas de

mi hijo. (*Entra Valentin, y recoge el juego de ajedrez.*)

Vizconde. Tendré mucho gusto en ello.

Coronel. Pues no nos detengamos. Valentin, el sombrero.

Valentin. Al instante, mi coronel. (*Vase.*)

Vizconde. (*Ap.*) Mas me hubiera convenido quedarme. (*Al coronel.*) Y viene con licencia?

Coronel. Sí; tambien debian habérsela concedido á mi hijo, pero parece que su regimiento está bastante escaso de oficiales! Pobre hijo mio! tanto tiempo sin darle un abrazo!... En fin, no es ocasion ahora de afligirse. (*Al criado, que le da sombrero y baston.*) Vé á ver si está puesta la carretela, y avisa.

Valentin. Voy corriendo, mi coronel.

Coronel. Aun no estás lista, Adela?

Adela. Pronto estoy dispuesta. (*Acercándose á un espejo para ponerse el sombrero.*)

Coronel. No quisiera que se nos entrase de rondon el bueno de Francisco! le quiero tanto! Es un muchacho que no tiene tacha, y sin embargo apostaria á que no os peta!

Vizconde. Bah! por qué?

Coronel. Vos estais enteramente montado á la moderna...

Vizconde. Sin embargo, coronel...

Coronel. Esto no es decir que no seais un escelente muchacho. Pero estoy seguro de que mi sobrino os parecerá algo encogido, demasiado para un militar. Qué! si á veces tiene ocurrencias que á mí mismo me hacen reir. No es verdad, Emilia?

Emilia. (*Seria.*) La verdad, papá, yo no he observado tal cosa.

Coronel. Ya, tú te has criado con él y le quieres como primo; pero ciertamente que es cosa chistosa ver á todo un capitan de artillería ponerse encarnado como una doncellita por una palabra insignificante!

Emilia. (*Aparte sonriéndose con ternura.*) Es verdad!

Coronel. Es uno de esos valientes á prueba de bomba que derrochan todo su valor en los combates, y no reservan ni pizca para la vida doméstica. Oh! pero no es tonto, no...

Valentin. (*Desde la puerta.*) La carretela está puesta.

Coronel. Vamos, vamos.

Vizconde. (*Ofreciendo el brazo á Adela.*) Señora, me dispensais el honor de apoyaros hasta el coche?

Coronel. (*Al vizconde y Adela.*) Id bajando, que al momento voy. (*A Emilia.*) Niña, no necesito recomendarte que trates al amigo de tu hermano como si fuera él en persona.

Emilia. (*Distraida, mirando á la puerta.*) Bien, papá, bien, descuida.

Coronel. (*Sonriéndose.*) Piensas que no adiviné que por eso querias quedarte?

Emilia. Con efecto; pero abajo te estarán esperando.

Coronel. Tienes razon; y ya es tarde. A Dios, querida, á Dios.

ESCENA II.

EMILIA.

(*Ve marchar á su padre, y en seguida se acerca al balcon que da á la entrada principal. Despues de breves momentos, menos inquieta y mas triste, baja al proscenio.*)

Se fueron ya! Dios mio! Dadme fuerzas para tanto padecer. La tristeza me devora... hoy mismo que voy á abrazar al amigo de mi hermano, al mio, al compañero de mi dulce infancia! Cómo me deleitaba aun pocos dias hace con la idea de volver á verle! Mas ay! que el placer no cabe ya en mi acongojado pecho! Un pensamiento único, fijo, tenaz, pasa y repasa sin cesar por mi memoria desde el dia fatal en que paseando sola y silenciosa descubrí en el jardin al vizconde arrodillado á los pies de la que debo respetar como madre, y diciéndola: «Ya no puedo ocultarlo por mas tiempo; yo os amo, señora!» Y ella, ella contestó con voz turbada: «Callad; no quiero escucharos!» Ay! esta respuesta, pronunciada con voz débil, me atravesó el corazon como un acerado dardo, y corrí á refugiarme en un aposento, trémula y llorosa! Dios me acorrió, pues al volver en mí, sentí que una voz secreta me decia: «Vela! porque existe un peligro que no comprendes bien, pero que es amenazador! inmenso! Vela!» Desde entonces, á mi pesar, miro, escu-

cho, espio, y me avergüenzo tambien, y me siento casi arrepentida en presencia de la esposa de mi padre. Mas qué oigo? Es la voz de Francisco... sí... viene con mi padre. Tan pronto ya! ay! sí, es él: gracias, Dios mio; el rayo de ventura que me reanima en este instante, compensa cuanto he sufrido!

ESCENA III.

EL CORONEL. FRANCISCO. EMILIA.

Francisco. Emilia!

Coronel. Te permito que la abraces en nombre de su hermano y en el tuyo.

Francisco. Oyes, primita? Confirmas la licencia del coronel?

Emilia. (*Cortada.*) Con mucho gusto, primo.

Francisco. (*Despues de abrazarla la contempla: mientras el coronel va á la puerta á dar órdenes á un criado, que aparece cargado con una maleta.*) Caramba! qué hermosa está! (*Dirigiéndola la palabra.*) Prima mia, no necesito preguntarte por tu salud, porque esa frescura, esas gracias indican demasiado... (*Aparte.*) Qué hermosa!

Emilia. (*Ap.*) Qué encendida debo estar! (*Alto.*) Y tú, primo, vienes bueno? Y mi hermano?

Francisco. No se trate ahora de mí, que harto dichoso soy con estar á vuestro lado, sino del pobre Hector, que lloraba como un chiquillo al encargarme que abrazara á su familia!

Coronel. (*Al criado.*) Arriba; entiendes? Allá voy yo al momento. (*Baja al proscenio.*) Vaya, vaya! con el bueno de Francisco! Te habrás alegrado mucho de verle; no es verdad, Emilia? Yo no quepo en mí de gozo.

Francisco. Querido tio!

Emilia. Con que dentro de dos meses viene mi hermano?

Coronel. Sí, sí, ya me lo ha dicho.

Francisco. Buenas ganas se le pasaron al pobre de venirse conmigo, y ojalá nos hubieran permitido cambiar, pero no era posible: estaba destinado su regimiento para cierta broma...

Coronel. Hola!

Emilia. (*Sin comprender.*) Una broma...

Francisco. De las buenas... una sorpresa...

Emilia. Sí? eh...

Francisco. Una sorpresa magnífica, encomendada especialmente á su escuadron.

Coronel. (*Con marcialidad.*) Bravo!

Francisco. (*Sin reparar lo que dice.*) Figuraos que le tocaba en la vanguardia...

Emilia. (*Asustada.*) En la vanguardia! con que era una batalla?

Francisco. Demonio! qué es lo que he dicho! no te asustes, prima; no vayas á creer...

Coronel. (*Ap.*) Pobre hijo mio! (*A Emilia.*) Vaya, hija, no temas... esas son espedicioncillas sin peligro.

Francisco. Por supuesto! Todo ello no es mas que un paseo militar para ver tierras y árabes, y... pues! (*Ap.*) Qué hermosa está, Dios mio!

Emilia. Con tal que no se batan... Pero, papá, (*Mirando en derredor.*) dónde habeis dejado...

Coronel. A mi muger? no tardará. Figúrate que al salir tuve una ocurrencia felicísima: pensando lo tarde que era, dije para mí: dos caminos hay, con que quién sabe si se vendrá Francisco por el paseo de las acacias? Por si acaso, envié á Adela con el vizconde por el camino real, y yo me fuí paseando por el otro lado. Dicho y hecho: á los pocos pasos cátate á nuestro viajero, que venia á galope.

Francisco. Tales deseos tenia de llegar. (*Emilia se pone seria, y se esfuerza para ocultar su inquietud.*)

Coronel. Cuando vean que no llega, se volverán. (*A Emilia, que está mirando por el balcon de la izquierda.*) Pero, niña, en vez de estarte asomada á ese balcon...

Emilia. Papá, miraba si...

Coronel. Podias ir á ver si está corriente el cuarto de tu primo.

Emilia. Al momento voy, papá.

Francisco. Hasta luego, prima mia.

Emilia. A Dios, Francisco.

ESCENA IV.

EL CORONEL. FRANCISCO.

Coronel. Ya no puede tardar mi esposa.
Francisco. Estoy impaciente por saludarla.
Coronel. Oh! la encontrarás muy mejorada... está hecha un angel, divina, cosa que, entre paréntesis, no es lo mejor que digamos, y mas cuando á uno le va encaneciendo el cabello.
Francisco. Pues yo creía lo contrario, tio.
Coronel. Sin embargo, no vayas á imaginar que yo soy algun Otelo en lo celoso y desconfiado; nada de eso.
Francisco. Qué tendria de particular? yo juzgo por mí, y conozco que sería celosísimo.
Coronel. (*Con cachaza.*) Pues yo no.
Francisco. En amando...
Coronel. Sí... amando á alguna mozuela, concedo; pero á la muger propia, se la respeta.
Francisco. Qué inconveniente hay en respetarla y tener celos?
Coronel. No, hombre, el que respeta, cree.
Francisco. Enhorabuena; se cree y se tiene celos.
Coronel. Vaya, vaya, esa ruin pasion es incompatible con mi carácter.
Francisco. Pues os doy la enhorabuena, porque os ahorrareis muchos pesares.
Coronel. A quién le faltan en esta vida! Digo, precisamente pesares, no, pero cuidados, me molestan algunos. Sabes que siendo jóven aun, me quedé viudo y fuera del servicio; la soledad y el ocio me tenian aburrido, cuando me deparó la fortuna una muger adorable, llena de gracias y de talento. Dos inconvenientes no mas tenia á mis ojos; ser demasiado jóven y demasiado bonita, pero en cambio yo era rico, lo cual me permitia echar algo por mi parte en la balanza. En una palabra, me casé con ella, reflexionando, para escusar mi temeridad, que dentro de un año, al sacar á mi hija del colegio, encontraria en mi muger una segunda madre, que, por su edad y carácter, sería al mismo tiempo para ella una amiga y una hermana!

Francisco. Muy bien discurrido!

Coronel. Pues me llevé un solemnísimo chasco, amigo mio; al principio todo iba bien, pero luego he notado entre ellas una especie de frialdad, casi de aversion, que me tiene muy disgustado.

Francisco. Y no habeis podido adivinar la causa?

Coronel. Choquecillos de amor propio: ya se ve, como que son las dos unas muchachas!... Ha dado en venir á casa cierto petimetre á quien aconsejaron los aires del campo, y que se pasa aqui la mitad del dia tocando ó pintando con ellas. Naturalmente obsequia mas á mi Emilia...

Francisco. Oiga! (*Ap.*) Dios mio! qué es lo que escucho!

Coronel. Y no es estraño, ni me pesa de ello, porque al fin Emilia va á cumplir pronto los diez y nueve, y el otro es rico, buen mozo, sobrino de un íntimo amigo mio, en una palabra, un escelente partido.

Francisco. (*Ap.*) Obligarme á oir sus elogios!

Coronel. Chis! me parece que oigo llegar el coche.

Francisco. (*Ap.*) Bien me lo temia yo: tan hermosa y en la corte, cómo no tener amantes!

Coronel. (*Mirando por el balcon.*) Con efecto, ahi los tenemos. Abajo está ya Emilia diciendo que hemos llegado.

Francisco. (*Ap.*) Eso es, le estaba esperando.

Coronel. (*Haciendo señas desde el balcon.*) Sí, sí!

Francisco. (*Ap.*) Dios le perdone á mi tio el mal rato que me ha dado.

ESCENA V.

DICHOS. ADELA. EL VIZCONDE. EMILIA.

Coronel. (*A su muger.*) Aqui le tenemos, amiga mia; le encontré como pensaba.

Francisco. (*Saludando cortado.*) Señora, tengo la satisfaccion mas viva en poder...

Adela. (*Con cordialidad.*) Os agradezco en el alma que hayais aceptado nuestra hospitalidad, y espero que no nos abandoneis tan pronto.

Francisco. Señora, yo...

Adela. Tened entendido que aqui hallareis no solo parientes, sino amigos (*Señalándose á sí propia.*) que no os dejarán marchar con facilidad!

Francisco. (*Conmovido.*) Señora, me confunden tantas bondades!

Coronel. (*Al vizconde.*) Amigo mio, tengo el gusto de presentaros á mi sobrino Francisco Ribaud, de quien ya os hablé antes.

Vizconde. (*Saludando con elegancia.*) Caballero!

Francisco. (*Con frialdad.*) Señor mio! (*Mirándole de reojo, mientras el coronel habla en voz baja con el vizconde.*) Sí, es tal como yo me le representaba... casi mejor! (*El vizconde se acerca á Emilia, y el coronel á Francisco.*)

Coronel. (*Por lo bajo á Francisco.*) Este es el caballerito de quien te hablaba!

Francisco. Ya! (*Ap.*) Pensará que no lo he adivinado.

Coronel. Adela, como tú eres la que reparte aqui las boletas de alojamiento, te aguardaba para enseñar á Francisco su habitacion. Con vuestro permiso, vizconde, es preciso que el militar tome sus posiciones.

Francisco. (*Ap.*) Bonita es mi posicion!

Adela. Vamos, donde quieras.

Francisco. (*Observando que el vizconde habla con Emilia.*) Eso es! ya estan de secreteo.

Adela. (*A Francisco.*) Vamos?

Francisco. (*Distraido.*) Estoy á vuestras órdenes, señora.

Emilia. (*Al vizconde, con forzada sonrisa, escusándose de dejarle.*) Con vuestro permiso voy á ver si hago falta.

Vizconde. (*Con galantería.*) Señorita, por mí nunca habeis de violentaros.

Coronel. (*Al vizconde.*) Supongo que nos aguardareis.

Vizconde. (*Indeciso.*) No sé si podré.

Coronel. Sí, sí, bajamos al momento.

Vizconde. Siendo asi, corriente.

ESCENA VI.

EL VIZCONDE.

No he podido decirla una palabra en esa maldita carre-

tela descubierta... ni aun con los ojos, porque apénas me miraba. Huye de mí desde el dia en que osé declararla mi pasion, que ella escuchó turbada, conmovida. Qué hermosa estaba en aquel momento! Por fortuna todo me ha venido de perlas, la proximidad de nuestras casas, las relaciones de mi familia con el coronel, hasta la estocada que recibí por salir á la defensa de Adela! Una ocasion es lo único que me falta, y lo mas difícil de encontrar por cierto, porque esa otra jóven jamas me pierde de vista. Y como para cubrir el espediente tengo que fingirla obsequios, ella sin duda los toma como moneda corriente. Pobrecilla! Qué engañada vive!

ESCENA VII.

ADELA. EL VIZCONDE.

Adela. (*Dirigiéndose hácia la chimenea.*) Ah! el cielo sin duda ha enviado ese testigo nuevo en mi defensa. (*Tira de la campanilla.*)

Vizconde. (*Contrariado.*) Llama! qué contratiempo! van á venir, tendré que presentarme. (*Baja hácia el proscenio.*)

Adela. (*Bajando tambien sin verle.*) La presencia de ese jóven evitará tal vez...

Vizconde. (*Saludándola.*) Señora!

(*Entra el criado.*)

Adela. (*Turbada.*) Ah! sois vos... Valentin! (*Da en voz baja alguna orden al criado, que se va en seguida.*)

Vizconde. (*Ap.*) Examinemos el campo mientras tanto. (*Mira por la puerta del fondo y vuelve hácia Adela, que no levanta los ojos del suelo.*) Quedan arriba esos señores?

Adela. (*Con viveza.*) Si, pero van á bajar; casi tras de mí venian!

Vizconde. (*Despues de una pausa con emocion y dulzura.*) De veras lo creeis, señora? ó es mas bien que temeis el ímpetu involuntario de una idea importuna para vos, y ocultais bajo aparente prudencia la frialdad cruel con que la contrarrestais! (*Movimiento de

Adela.) Oh! no me quejo, señora; un dia no mas, uno solo os dignásteis mirarme con ojos de compasion, y juzgándome mejor, me escuchásteis algunos minutos sin cólera, sin encono.

Adela. (*Ap.*) Ay!

Vizconde. La dicha que sentí entonces merecia sin duda las amargas horas con que despues la he pagado. (*Movimiento de Adela.*) No, no me quejo, pero si vuestra alma ha de permanecer indiferente á los tormentos que me agitan, decid, qué significa esa dureza, ese aislamiento, ese silencio? Es justo todo eso? Ah! si supierais lo que sufro, si os dijera...

Adela. (*Interrumpiéndole.*) Nada quiero saber, callad. (*Muy conmovida, pero con energía aparente.*) Habeis hecho bien en recordármelo: he cometido una falta, una falta muy grave escuchándoos un momento... mas por fortuna he vuelto á tiempo en mí. El camino que vuestro amor intenta trazarme es loco, lo entendeis? loco, falso, culpable... y si un momento, alucinada, ciega, pude dar un paso, ya veis cómo he sabido detenerme! Ahora, calificad mi conducta como á vuestro amor propio le convenga, estais en vuestro derecho: llamadme inconsecuente, mudable, formad de mí la opinion que mas os plazca; pero al menos tendré el consuelo de haber cumplido con mis deberes. Despues de esto, que sufrais ó no, que hableis ó que calleis, poco me importa, vuestras palabras no encierran ya peligro para mí! (*Fatigada Adela del esfuerzo que ha hecho para hablar asi, se apoya en el respaldo de un sitial.*)

Vizconde. (*Acercándose turbado.*) Con que por único consuelo en mis tormentos, me dais permiso para calificar vuestra conducta?

Adela. (*Resignada.*) No sería mas generoso que callaseis?

Vizconde. Ah! es demasiado intenso mi dolor para negarle el triste placer de reasumirse en una palabra. Os admiro tanto como os adoro! (*Adela, que aguardaba reconvenciones, no puede contener un estremecimiento involuntario al escuchar esta apasionada esclamacion.*)

Adela. Callad... yo... (*Se pone el pañuelo á los labios.*)

Vizconde. (*Acercándose mas.*) Y aunque tengais que aborrecerme...
Adela. (*Ap.*) Aborrecerle! (*Suena ruido hácia la derecha.*)
Adela. Silencio! viene gente.
(*Entra Emilia.*)
Vizconde. (*Ap.*) Siempre se ha de mezclar esta chiquilla! (*Alto dirigiéndose á ella.*) Oh señorita!
Emilia. (*Sin contestarle se acerca á Adela.*) Papá viene.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL CORONEL. FRANCISCO. EMILIA.

Coronel. (*Al vizconde.*) Amigo mio, no creia, hace un momento, cuando rogué que aguardarais, que tendria tan pronto que pediros un favor.
Vizconde. A mí?
Coronel. Mi sobrino acaba de entregarme una nota de mi hijo encargándome varios negocios, y entre ellos uno que concierne al ministerio de la guerra: una certificacion, una miseria, que por lo mismo dormiria eternamente en las oficinas; pero una vez que el ministro es pariente vuestro...
Vizconde. Cierto.
Coronel. He creido que podiamos acompañar la solicitud con una esquelita vuestra.
Vizconde. (*Yendo á sentarse junto al velador, donde habrá recado de escribir.*) Con mucho gusto.
Coronel. Enviaremos esta tarde un criado á París con los papeles.
Vizconde. (*Escribiendo.*) Vuestra recomendacion hubiera bastado, coronel, pero ya que os empeñais... (*Ap.*) Oh! qué idea se me ocurre. (*Mira en derredor, coge otro papel y escribe.*) Supuesto que no me permite hablar, me dirigiré á ella por escrito.
(*Adela, Francisco y Emilia forman grupo á la izquierda. El coronel se acerca á ellos.*)
Coronel. (*A Adela.*) Dime, has convidado á comer al vizconde?
Adela. (*Aun no tranquila.*) Eh? yo... no...
Coronel. (*Acercandose á él.*) Vizconde?

Vizconde. (*Inquieto y echándose sobre el velador para ocultar lo que escribe.*) Qué mandais?

Coronel. Podiais acompañarnos á comer... sin ceremonia.

Vizconde. Mil gracias; no me es posible; tengo que hacer en casa; ya estaba despidiéndome de la señora cuando entrásteis.

Coronel. Lo siento; pero nos veremos esta noche?

(*El vizconde contesta afirmativamente.*)

Francisco. (*Con impaciencia.*) Por vida del hombre! parece que no puede vivir sin él!

Coronel. No quiero molestaros.

(*Sigue escribiendo el vizconde, y el coronel se acerca á Emilia.*)

Adela. (*Aparte con tristeza mirando al vizconde.*) Ocho dias de lucha perdidos con dos palabras!

Vizconde. (*Se guarda un papel en el bolsillo del chaleco diciendo aparte.*) Ya encontraré ocasion de dirigirle á su destino. (*Se levanta: da al coronel una esquela abierta.*) Coronel, estais servido; y si estas señoras me dan su permiso, me retiro.

Francisco. (*Enojado aparte.*) Vaya con mil de á caballo!

Coronel. Os acompañaremos por la puertecilla del jardin.

Vizconde. Oh! no permitiré que os molesteis por mí!

Coronel. Sí, sí! Emilia no ha salido en todo el dia; mi muger se queja de la jaqueca y necesita pasear: hasta Francisco tendrá una satisfaccion en corresponder al obsequio que le hicísteis saliendo á esperarle... no es verdad?

Francisco. (*A media voz.*) Sí; es verdad. (*Se saludan los dos.—Aparte.*) Y he de tener que hacerle cumplimientos!

Coronel. Pues señor, es cosa convenida: Valentin, la llave del jardin.

Francisco. (*Mirando al vizconde y á Emilia.*) La cogerá del brazo... de seguro. Pues no señor, no tendrá ese gusto. (*Se dirige hácia Emilia. El coronel estará en último término con el vizconde, y Adela cerca de la chimenea.*) Primita, quieres apoyarte?

Emilia. (*Turbada y aparentando risueña.*) Primo, te

acordarás de que en otro tiempo estaba autorizada para recordarte ciertos pormenores de etiqueta.

Francisco. (*Sin comprenderla.*) Cómo? qué!

Emilia. Prosiguiendo con mi encargo, te recuerdo que estaria mas en el orden que ofrecieras el brazo á mi madrastra.

Francisco. (*Cortado.*) Ah! estaria mas en el orden...

Emilia. Sí.

Francisco. Mil gracias por el aviso.

(*Se aparta Emilia, y entra el criado con una llave que da al coronel.*)

Coronel. Bueno! bueno! Vamos, Adela?

Francisco. (*Ap.*) Claro está, me lo dice para que el otro... esto pasa ya de raya! (*A Adela.*) Señora, si os dignais favorecerme...

Vizconde. (*Que iba á ofrecer su brazo.*) Malditos sean los primos!

Coronel. Vamos, Francisco, vamos.

Francisco. (*Muy turbado.*) Sí, vamos, paso redoblado...

Vizconde. Otra ocasion perdida! (*A Emilia.*) Señorita...

Francisco. Ni yo sé lo que me digo, me arden las sienes. (*Volviendo la cabeza.*) Eso es, ya se juntaron; está perdida por él.

(*Sale precipitadamente con Adela y los demas detras.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO. EL CORONEL. (*Entran por el fondo.*)

Coronel. Descansaremos un rato. Vaya, qué tal te ha parecido el vizconde?

Francisco. (*Con despecho mal disimulado.*) El vizconde? muy amable seguramente.

Coronel. (*Sencillamente.*) Ya lo esperaba yo: es muchacho que se goza en complacer á todo el mundo.

Francisco. Eso he observado.

Coronel. Oh! contigo ha estado tan fino como de costumbre: ya viste cómo te llamó para enseñarte la magnífica perspectiva que desde mi jardin se descubre.

Francisco. Con efecto, fue mucha fineza; pero aunque yo no estoy muy ducho en achaques cortesanos, me parece que yendo entonces con mi tia del brazo, no era la ocasion mas oportuna para llamarme.

Coronel. Qué diantre! en el campo reina la franqueza. Te has picado porque luego la cogió él cuando te quedaste rezagado.

Francisco. Os juro que no.

Coronel. Y de mi muger qué me dices?

Francisco. Que todos vuestros elogios eran pocos.

Coronel. Verdad que sí?

Francisco. Tan llana! tan formal! Esa sí que hace caso cuando se la habla, y no anda volviendo la cabeza como...

Coronel. Como tu prima, eh?

Francisco. No decia yo tanto.

Coronel. Con que has observado tambien...

Francisco. Caramba, coronel! Pues si es una cosa que está saltando á los ojos.

Coronel. Hola!

Francisco. Hablais de revalidades entre las dos, de coquetería!... buena parece vuestra esposa para pensar en esas bobadas, y buen caso hace de los obsequios. No le mira siquiera!

Coronel. Hombre, no pienses que yo sospechaba...

Francisco. No, no es como las demas mugeres. (*Ap.*) Pero la otra...

Coronel. Sí, he tenido fortuna en tropezar con una muger sensata. Pero hablando de otra cosa, estas tú ya curado de tus manías?

Francisco. Cuáles?

Coronel. Hace seis meses te brindaron con una boda escelente.

Francisco. No, no, muchas gracias!

Coronel. Haces mal; tú serías muy buen marido: ademas, habiendo pasado en la guerra tus primeros años, necesitas una muger que te... vamos, que te amolde un poco!

Francisco. Bien estoy asi.

Coronel. Qué diantre! Con tu nombre, tu patrimonio, tu porvenir, te casarás con quien se te antoje.

Francisco. (*En tono de duda.*) Con quien se me antoje.

Coronel. Quién te ha de desdeñar?

Francisco. Toma! cualquiera, la que ame á otro.

Coronel. Bah! bah! de las muchachas no hay que hacer caso, hoy quieren una cosa y mañana otra.

Francisco. Ah! vos creeis que mudan con facilidad.

Coronel. Antes de casarse sí, como los vientos. Mas alli se acercan Adela y tu prima.

ESCENA II.

DICHOS. ADELA. EMILIA.

Adela. (*Al coronel.*) Amigo mio, acabamos de ver pasar desde el terrado á Mr. Mauricio Preval, y nos ha dicho que esta noche pensaban las señoras venir á visitarnos.

Coronel. Ah! sí, pobre marquesa de Preval! Francisco, no supiste la desgracia que la sucedió?

Francisco. (*Distraido.*) No por cierto, tio.

Coronel. Su marido era prefecto del Norte y daba en Lila funciones magníficas, en las cuales fue presentado un jóven, hijo de una de las primeras familias de Bélgica. Aturdido, calavera como la mayor parte de los jovenzuelos del dia, se encaprichó por la hija mayor, logró ser correspondido, y cuando llegó el caso de reparar su falta, puso su familia obstáculos que le impidieron dar al marques una satisfaccion harto legítima. Esto bastaba para escusarle á los ojos de un mundo indiferente, mas no á los de un padre ofendido... Exasperado, furioso, le desafió el marques y quedó en el sitio; al poco tiempo sucumbió tambien de consuncion la hija, que por cierto era amiga de colegio de mi Emilia.

Emilia. Pobre Clementina! cómo padecia cuando se echaba en mis brazos gritando: «Yo le he asesinado!» Ay! tiemblo todavía al acordarme!

Coronel. Hija mia!... Pero siquiera á la pobre marquesa le ha quedado el consuelo de otra hija que es preciosa. (*Bajo á Francisco.*) A propósito, es muchacha que te convenia por todos estilos!

Francisco. Pero tio, si no trato de semejante cosa.

Coronel. Es lindísima!

Francisco. Mejor para ella!

Coronel. Cuatrocientas mil libras de dote.

Francisco. Está muy bien, tio! (*Ap.*) Caramba! parece que se ha empeñado en mortificarme.

Coronel. El negocio no podia ser mejor. (*Se dirige hácia su muger.*)

Emilia. (*A Francisco, risueña.*) Qué te ha dicho mi padre para hacerte poner ese mal gesto?

:

Francisco. Eh? Nada; bromas suyas.
Emilia. Te contradice?
Francisco. Algo hay de eso; y como no tengo buen genio...
Emilia. No es verdad...
Francisco. (*Ap.*) Qué hermosa! (*Hablan entre sí.*)
Coronel. (*Al otro lado, á Adela, que está sentada.*) Querida mia, le has caido en gracia.
Adela. Si?
Coronel. Te pone en las nubes. Pero, hablando de otra cosa: Francisco, supuesto que aguardamos visitas esta noche, bueno sería que pasaramos al despacho para que me ayudases á poner corrientes los papeles que he de enviar á París.
Francisco. Como dispongais, tio.
Emilia. (*Acercándose á Adela.*) Y yo, si os parece, bajaré á ver si ocurre algo. Estais descolorida: os sentís mala?
Adela. No por cierto!
Emilia. (*Con interes.*) Quereis mejor que me quede?
Adela. No, querida mia, no siento nada.
Francisco. (*Viendo marcharse á Emilia.*) Cuántas gracias reunidas! Y he de ser tan desgraciado que no logre...
Coronel. Vamos, hombre, vamos!
Francisco. Vamos cuando gusteis. (*Ap.*) Cuando yo digo que mi tio se ha empeñado en martirizarme! (*Emilia se va por el fondo, izquierda: el coronel y Francisco por la derecha.*)

ESCENA III.

ADELA.

Al fin estoy sola!... Dos horas hace que lucho para ocultar á cuantos me rodean la agitacion, la inquietud que esperimento. Una carta! ha tenido la imprudente audacia de deslizar una carta en mi mano. (*Mirando en derredor.*) Y es preciso que yo sepa... sí; es preciso que me entere de su contenido, porque temo su exaltacion... mas que la mia. (*Mirando en torno suyo, y sacando un papel del seno.*) Tiemblo! se oscurecen mis ojos!... (*Lée apresuradamente, con mucha agitacion.*) Dios mio! Qué desorden de ideas! Qué arreba-

tos! Quiere verme á solas por la última vez... No, eso no: mienten sus palabras, no me ama, si no ha adivinado lo que yo tambien padezco! (*Paseándose agitada.*) Dios eterno! qué sentimiento es este que á mi pesar se arraiga en mi corazon, mientras para combatirle agoto todas mis fuerzas, porque sabeis que en mi alma no cabe la mentira, ni podria buscar la dicha en una perfidia infame!—Si entra... tiemblo; si habla, aunque otro me dirija la palabra, es á él solo á quien escucho; (*Casi temblando.*) si se acerca á mí, siento latir el corazon con violencia, heladas mis manos, abrasada la frente... Qué he de hacer? Huir de él! Mas su memoria... su imagen, que tengo aqui... siempre aqui... (*Señalando el corazon.*) Qué arma he de emplear contra ella, cuando á mi pesar me arrastra... Desde aquel viaje fatal en que, oculta á sus ojos, le vi salir tan noblemente á mi defensa, costándole su arrojo una estocada, de la que jamas me ha hablado... desde el dia que en el jardin le vi á mis pies hablándome de su amor... ay! he necesitado fuerzas mas que humanas! Por qué permitís, Dios justo, que esa mirada, de que quiero huir, fascine la mia, que esas palabras, que trato de olvidar, resuenen sin cesar en mis oidos, infundiendo en mi alma una turbacion desconocida, que me seduce, que me embriaga, en que á mi pesar me gozo! Mas qué digo, insensata! yo deliro, estoy loca, loca, sí! Cielos! mi marido. (*Se levanta precipitadamente para marcharse, al tiempo que aparece el coronel. Adela procura dominar su turbacion.*)

ESCENA IV.

ADELA. EL CORONEL.

Coronel. Aun estás aqui, Adelita? He dejado á Francisco acabando de escribir una carta, y me alegro encontrarte sola, porque tenia que hablarte...

Adela. De qué?

Coronel. De nuestro vecino, del vizconde. (*Movimiento de Adela.*) Al verle menudear tanto sus visitas, se me habian metido en la cabeza ciertas ideas...

Adela. Dios mio! Tiemblo!

Coronel. No te lo habia dicho, confiando en tí ciegamente para un asunto que es todo de tu competencia; pero lo que me obliga á ser algo mas circunspecto, es que á otros se les han ocurrido las mismas ideas.

Adela. (*Ap.*) Qué escucho!...

Coronel. Y conviene que tú sondees...

Adela. Pero no entiendo lo que me quieres decir. Quién se ha atrevido á... (*Aparece Emilia en la puerta del fondo.*)

Coronel. Silencio! Luego hablaremos.

Adela. (*Ap.*) Gran Dios! Si sospechará...

ESCENA V.

DICHOS. EMILIA.

Emilia. Papá, el criado del señor vizconde de Ferrieres acaba de traer esta carta para vos... tambien estan aqui los periódicos...

Coronel. (*Sin tomar mas que la carta, é indicando el velador, junto al cual estuvo sentada Adela.*) Bien, déjalos alli!

Emilia. Ah! se me olvidaba que tambien ha llegado el arquitecto, y desea hablaros á vos... y á... á mi madrastra.

Coronel. (*A su hija, por lo bajo.*) Niña!

Adela. (*Ap.*) Qué contendrá esa carta!

Coronel. Calle! los tios del vizconde acaban de llegar, y nos suplican que pasemos esta noche por su casa, llevando con nosotros á Francisco. Cuánto me alegro de su venida! El tio del vizconde fue íntimo amigo mio.

Adela. (*Ap.*) Ahora comprendo lo que me decia de alejar á mi marido... esperaba que me quedase.

Emilia. (*Deja los periódicos, y coge un papel arrugado que está encima del velador.*) Qué será esto?

Coronel. (*Siguiendo su lectura.*) Tambien dice el vizconde que no es mas que intérprete desinteresado de la súplica de sus tios, por verse en la precision de ausentarse, pero que sin embargo, nos insta encarecidamente, etc. etc.

Adela. (*Ap.*) Si; eso es!

Emilia. (*Aparte leyendo.*) «Sufro demasiado... mi amor!» (*Examinando la letra.*) Esta letra... sí, es la misma... (*Esconde el papel rápidamente, viendo acercarse á su padre.*)

Coronel. Iremos Francisco y yo, y os quedareis vosotras dos...

Adela. Por qué? vayamos todos.

Coronel. Ya te olvidas de que han de venir madama de Preval y su hija?

Emilia. (*Viendo á su padre revolver los papeles del velador.*) Si tardo un minuto, todo se perdia! Yo os doy gracias, Dios mio!

Coronel. (*A Adela.*) Aqui tienes el plan del arquitecto para esas reformas que deseabas hacer en tu habitacion. Como tu parecer es esencial, puedes irle diciendo lo que quieres... Yo bajo al momento, en cuanto diga una palabra á Emilia.

Adela. (*Turbada.*) Vamos pues. (*Se encamina lentamente por el fondo.*)

Coronel. (*Acercándose á Emilia.*) Niña, te he rogado, no una vez sola por cierto, que en vez de ese áspero título de madrastra, uses con Adela otro que pueda estrechar mas el lazo que ya os une: no quieres darme gusto, y esto es muy mal hecho, hija mia.

Emilia. Papá! (*Al tiempo de desaparecer Adela, se detiene y vuelve poco á poco á la escena, mirando al suelo con mucha inquietud y llena de ansiedad.*)

Coronel. (*Reparando en ella.*) Calla! no bajas?

Adela. (*Con viveza.*) Sí, sí; allá voy... sino que se me ha caido... (*Con indifereacia aparente.*) No es nada; proseguid. (*Se acerca al velador y revuelve los papeles, vuelta de espaldas á su marido para que no note su agitacion.*)

Coronel. (*Mostrándosela á Emilia con placer.*) Cierto que no tiene edad para ser tu madre... pero acaso por eso quieres castigarme?

Emilia. Oh! Dios me libre, padre mio!

Adela. (*Aparte, muy agitada.*) Dios eterno! No le encuentro!

Coronel. Me parece que las prendas que la adornan son dignas de que la guardes alguna consideracion...

Adela. (*Ap.*) Dónde estará! le habrán cogido. (*Mira por otro lado.*)

Emilia. Papá, perdonadme; á veces no sé yo misma lo que digo... lloro y me aflijo al recordar...

Coronel. Sí, al recordar á tu pobre madre, que era su modelo de bondad y de ternura.

Emilia. (*Con severidad y ternura.*) Ah! sí!

Coronel. Pues bien, créeme; está segura de que das gusto á la que está en el cielo amando á su sucesora... (*Se aparta.*)

Emilia. (*Mirando al cielo, y estrujando el papel que tiene en la mano.*) Ah! no lo sé!

Coronel. (*A su muger.*) No has encontrado lo que buscabas, Adela?

Adela. Sí, sí, vamos. (*Ap.*) Aqui no está: pero dónde puede habérseme caido?

Coronel. El arquitecto estará aguardando: vamos, querida. (*Salen ambos por el fondo.*)

ESCENA VI.

EMILIA.

Lo que busca! lo que busca está aqui, es este papel, que me abrasa la mano, y no sé lo que contiene. Qué inquieta estaba! Con qué ansiedad miraba por todas partes! Dios de bondad, amparadme, iluminadme en este negro abismo en que á mi pesar me hallo sumergida. Abrirle... es una infamia; pero tambien no leerle es despreciar un aviso que vos me enviais, Dios mio, porque vos quisisteis que yo me adelantara á mi padre. Ah! qué partido he de tomar! Francisco! disimulemos.

ESCENA VII.

EMILIA. FRANCISCO.

Francisco. Es ella!

Emilia. (*Ap.*) Apenas puedo ocultar mi turbacion!

Francisco. (*Acercándose.*) No me ha visto! está sola! llego en buena ocasion. (*Cortado.*) Prima?

Emilia. (*Fingiendo no haberle visto.*) Ah! eras tú, Francisco?

Francisco. Sí, pasaba... pero... buscaba á mi tio...
Emilia. (*Con viveza.*) Mi padre? está abajo...
Francisco. Ah! abajo...
Emilia. Sí... en la sala baja.
Francisco. Con que... en la sala... (*Aparte, contristado.*) Parece que desea echarme. (*Alzando la voz.*) Si está ocupado, no quiero molestarle; no es cosa urgente... estos papeles con la recomendacion del vizconde... (*Ap.*) Se ha estremecido.
Emilia. No importa, el criado va á salir para París al instante, y papá estará aguardando...
Francisco. (*Ap.*) No hay duda, la estorba mi presencia. (*Alto.*) En ese caso voy... (*Ap.*) Quién habia de decir que despues de tan larga ausencia, la primera vez que me ve á solas, ha de querer zafarse!
Emilia. (*Mirándole.*) Qué triste está!
Francisco. Voy pues á entregar estos papeles. (*Se aleja despacio.*)
Emilia. Ah! no, no puedo! (*Llamándole.*) Francisco!
Francisco. Qué! me llamas?
Emilia. Parece que estás triste; qué te aflige?
Francisco. Eh? no, nada: me acuerdo — porque yo no olvido con tanta facilidad á los ausentes — de mis pobres camaradas, que acaso se estarán batiendo, muriendo tal vez como perros. Los que estamos hechos á los desiertos del Africa, vivimos mucho de recuerdos; y cuántas veces he esclamado en aquellas inmensas soledades: Dios poderoso! esta vida que espongo á todas horas por un deber, por un grado, por una cinta, por qué no me la pedís en cambio de una hora pasada al lado de... (*Se detiene, y Emilia baja los ojos.*) Llega por fin el momento anhelado: concede Dios la súplica, y... ya es en balde!
Emilia. Escúchame, Francisco. Tienes razon; desde que estás aqui, me has visto meditabunda, distraida, indiferente al placer que debiera causarme tu regreso. Semejante acogida ha debido sorprenderte, ofenderte quizá: mas yo te ruego por lo mas sagrado, que respetando los motivos que me asisten para estar asi, no dudes de mi amistad, que es grande y sincera.
Francisco. Emilia mia! (*Va á cogerle la mano, y se detiene.*)

Emilia. Sí, sí, toma, esta es mi mano.
Francisco. Oh ventura!
Emilia. Ahora, una vez que buscabas á mi padre, vé adonde está.
Francisco. Qué prisa corre! Cuando soy tan dichoso...
Emilia. Sí, sí, es necesario que vayas.
Francisco. Tan pronto quieres robarme estos instantes dulcísimos?
Emilia. Yo te lo suplico...
Francisco. Y yo te obedezco... á Dios.

ESCENA VIII.

EMILIA.

Se aleja triste, inquieto; y con razon! si supiera lo que pasa, me comprenderia y me haria justicia. Mas hay secretos que debe el corazon guardar como en un sepulcro, para no comunicarlos sino á Dios, que es nuestro guia. (*Pausa, y prosigue con mas energía.*) Y cuando para obedecer á esta voz sagrada y poderosa, no vacilo en destrozar el corazon de las personas que amo, cuando cierro el mio á las mas puras espansiones... y aguanto en silencio las reconvenciones de mi padre... habia de retroceder ante este papel! (*Con resolucion.*) No, no, mi padre es mi vida, es lo que mas amo en este mundo, y cada dia doy nuevas gracias á Dios por haberme elegido para sufrir en lugar suyo! No, no desertaré de tan honroso puesto, y ya que un poder providencial ha puesto en mi mano esta arma, tendré valor para servirme de ella... Leamos. (*Mientras lée, nótase en sus facciones una penosa lucha, alza los ojos al cielo, vuelve á leer, hasta que anegada en llanto cae casi desmayada.*)

ESCENA IX.

EMILIA. EL CORONEL.

Coronel. (*Sin ver á Emilia.*) Voy á ver si ha concluido

Francisco. Calle! qué es esto? Emilia! hija mia! está helada! (*Cogiéndola la mano.*) Qué tiene en la mano?

Emilia. (*Volviendo en sí.*) Dios mio!

Coronel. (*Desdoblando el papel.*) Letra del vizconde!

Emilia. (*Viendo el papel en su mano, da un grito y se arroja á él.*) Ah! padre mio! no lo leais! no lo leais! (*El coronel la aparta con la mano, la mira con severidad y lée.*) Todo se perdió!

Coronel. (*Leyendo.*) «Por piedad, concededme una entrevista! Sufro demasiado y es mi pasion mas fuerte que mi juicio.» Ah! «Esta noche tengo discurrido un medio para alejar á todos... quedaos sola por Dios! A las nueve por la puertecilla del jardin que comunica con el de mi casa, podré introducirme y ocultarme en el sitio donde oisteis la ardiente declaracion de mi amor... donde tan dichoso fuí.» Qué lenguaje! Y á mi hija se dirige... sí; está claro, harto lo dicen sus ojos.

Emilia. Dios de piedad!

Coronel. Le ama... le ama y es culpable! Infame!... Reportémonos. (*Despues de una pausa, dice lentamente en voz alta.*) No es ocasion ahora de pedir cuenta de la ofensa que mi confianza y mi amor han recibido...

Emilia. (*Ap.*) Cielos! esa idea...

Coronel. En breve la pediré muy severa, mas por el pronto debo consagrarme al cuidado de proteger su honor...

Emilia. Padre mio, habeis pensado... (*Ap.*) Desdichada, qué iba á decir!

Coronel. Cómo habeis recibido este billete?

Emilia. Yo! Dios mio! (*Vuelve la cabeza ruborizada.*)

Coronel. Sabe alguien que le habeis leido?

Emilia. No, padre mio!

Coronel. Dónde estaba?

Emilia. (*Ap.*) Qué le diré?

Coronel. Dónde le habeis hallado?

Emilia. (*Con los ojos bajos, señalando hácia el velador.*) Ahí.

Coronel. Sobre este velador? en este album?

Emilia. (*Turbada.*) Eh? sí, sí, en el album.

Coronel. (*Despues de una pausa.*) Pues á nadie digais que habeis visto este papel, lo entendeis? á nadie.

Podeis decir que llevásteis el album al jardin, que se caeria sin duda... lo que querais...

Emilia. Está bien, padre mio!

Coronel. Y ahora, serenaos, bajad á la sala, ocultad vuestra turbacion, que en esto sois mas hábil de lo que yo presumia!

Emilia. (*Ap.*) Hay mas pesares, gran Dios! (*Da algunos pasos y dice en tono suplicante.*) Padre mio, os juro que no soy tan culpable como sospechais!

Coronel. (*Conmovido.*) No, no eres tú la mas culpable, sino el infame...

Emilia. (*Ap.*) Me hace temblar!

Valentin. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Ferrieres!

Emilia. Papá!

Coronel. (*Al criado.*) Aguarda! (*Haciendo un esfuerzo.*) No temas nada; tu amor (*Movimiento de Emilia.*) y el interes de tu porvenir le protegen contra mi justa indignacion!

Emilia. (*Ap.*) Qué es lo que está diciendo!

Coronel. Vete, tranquilízate. (*Al criado.*) Que pase el señor vizconde.

ESCENA X.

EL CORONEL. EL VIZCONDE.

Vizconde. Venia, señor mio...

Coronel. (*Interrumpiéndole, con gravedad.*) Perdonad, puede venir gente, y, aunque por el pronto es muy poco lo que tengo que deciros, necesito que estemos solos! Antes... dignaos tender la vista por este papel... Señor vizconde, cuando os recibi en mi casa, tratándoos con la mas amistosa franqueza, no me pude figurar jamas que de tal manera desdijera vuestra indigna conducta del respetable nombre que llevais!

Vizconde. Caballero, esos ultrajes...

Coronel. Son merecidos! Sí, vuestra conducta ha sido indigna, porque abusando de mi ciega confianza, abusando del candor de una inocente niña, la habeis seducido, y queriais perderla!

Vizconde. (*Ap.*) Qué es lo que escucho? él mismo me salva. (*Alto.*) Podeis creer que la persona á quien va dirigido ese billete...

Coronel. Ignora su existencia... Yo me le he hallado, y debo exigir de vos graves esplicaciones.
Vizconde. (*A media voz.*) Alguien viene.

ESCENA XI.

DICHOS. ADELA.

Adela. Amigo mio, acaban de llegar esas señoras, y preguntaban por tí.
Coronel. Bien! bien!
Vizconde. (*Saludando á Adela.*) Señora, yo tambien habia venido á recordar á vuestro esposo la súplica de mis tios...
Coronel. Y yo me estaba disculpando de no poder admitir tan agradable convite...
Adela. (*Aparte notando la turbacion de su marido.*) Qué tendrá!
Vizconde. (*Pasando junto á ella.*) Ha encontrado el billete!
Adela. Cielos!
Vizconde. A vuestros pies, señora.
Adela. Yo fallezco!
(*El coronel sale á despedir al vizconde, diciéndole en voz baja:*)
Coronel. Mañana á las diez iré á vuestra casa.
Vizconde. Os aguardaré. (*Vase.*)
Adela. (*Aparte, viendo acercarse al coronel.*) Gran Dios! Cómo soportar sus miradas!
Coronel. Adela, quieres hacerme el gusto de recibir tú sola?
Adela. (*Ap.*) Ese tono...
Coronel. No me siento bueno... he recibido un golpe muy doloroso. Mira, mira, le ama, y lée lo que la escribe. (*Sacando el billete.*)
Adela. Pero á quién?
Coronel. A quién ha de ser? á Emilia.
Adela. (*Ap.*) A Emilia!
Coronel. Se aman... y me lo ocultaban...
Adela. Pero quién te ha dicho?...
Coronel. Ella misma... aqui... hace un instante... me lo ha confesado todo.

Adela. (*Abatida.*) Qué escucho!

Coronel. Anda, anda, estarán aguardando: yo no puedo salir, porque necesito estar solo! (*Se va por la derecha.*)

Adela. (*Cayendo sobre un sitial.*) Dios mio! será cierto que le ame! (*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. VALENTIN. (*Entran por la puerta del fondo.*)

Valentin. Mi amo está en el jardin con su sobrino, pero me encargó que le avisara luego que llegáseis.

Vizconde. Vé pues á avisarle. (*Se vá el criado.*) Gracias al cielo y al incidente que obligó al coronel á modificar la cita que me habia señalado, puedo volver á presentarme en esta casa, donde he introducido el pesar con mi imprudencia! Quién sabe si una palabra sola de esa jóven habrá ya sacado de su error al coronel! La situacion no puede ser mas crítica! Si el billete es dirigido á la hija, no tengo nada que replicar á las quejas del padre; si es para la esposa, hay en él motivo de sobra para enfurecer al marido y para perder á Adela para siempre. Qué haré! Mas qué veo?

ESCENA II.

EL VIZCONDE. ADELA.

Vizconde. (*Acercándose á ella.*) Ah! vos aqui!

Adela. (*Muy turbada.*) Silencio, caballero; ya le habrán avisado á mi marido de que estais en casa, y no puede tardar. Lo he sabido todo ayer en una conversacion

que me llenó de dolor y de vergüenza! Veinte veces, al verle tan confiado y tan bueno, herido en lo mas sensible, en su ternura paternal, en el orgulloso amor de su hija, veinte veces estuve al punto de revelárselo todo.

Vizconde. Para perderos!

Adela. Ah! si el golpe hubiera recaido en mí sola, no habria vacilado! mas pensé en el dolor mas intenso que iba á causarle... y tuve fuerzas para callar!

Vizconde. Cuánto debeis maldecirme!

Adela. Oh! no hablemos de vos! Si contara todas las penas que por vos he sufrido, mereciais en efecto que os... (*Le mira y se detiene. Despues de una pausa, prosigue.*) Escuchadme, el tiempo urge y el peligro es mas grande de lo que pensais. Emilia ha sido interrogada por su padre, sin decirla nada de la carta que se habia hallado, y sus respuestas favorables han confirmado el error de mi marido.

Vizconde. Alguien se acerca.

Valentin. (*Desde la puerta.*) El señor coronel me ha dicho que aguarda en su habitacion al señor vizconde.

Vizconde. Al momento voy. Señora... (*Saludando.*)

(*Valentin pasa á abrir la puerta de la derecha, por donde se entra detras del vizconde.*)

ESCENA III.

ADELA.

No sé lo que por mí pasa desde ayer! Sin oposicion ha aceptado Emilia la oferta de la mano del vizconde; y yo que creia leer en sus ojos predileccion por Francisco! Oh qué horrible incertidumbre! El temor, la vergüenza, los remordimientos se han apoderado de mi alma destrozándola sin piedad. Qué infelice soy! (*Entra Emilia lentamente sin ver á Adela.*) Ella se acerca! si pudiera averiguar... si... debo hacerlo, su primo la ama... pero ella!...

ESCENA IV.

EMILIA. ADELA.

Adela. Qué teneis, Emilia? Qué pensativa estais!

Emilia. (*Muy pálida, aunque afectando serenidad.*) Yo! no por cierto!

Adela. No sería estraño que lo estuvieseis, cavilando con proyectos de tanta trascendencia para una jóven: vaya, confiadme vuestras impresiones; creo que tengo algun derecho, casi un deber, en conocerlas.

Emilia. (*Cortada.*) Os agradezco tanta bondad; pero son tan nuevas estas impresiones para mí, que ni yo misma sabria esplicarlas.

Adela. De veras? pues no olvideis que importa mucho apreciarlas bien, porque es cosa muy grave.

Emilia. (*Conmovida.*) Es verdad!

Adela. Y que no se debe decidir á la ligera!

Emilia. Oh! bien lo sé.

Adela. Ahora bien, si por acaso se ha equivocado vuestro padre suponiendo que amaseis á Mr. Ferrieres...

Emilia. (*Con amargura.*) No es suposicion, es certidumbre! Se lo he confesado yo!

Adela. Pero estais segura vos misma? no oculta vuestro corazon algun secreto?

Emilia. (*Con resolucion.*) No, no, mi corazon no oculta nada. Han pedido mi mano, mi padre se ha dignado consultarme, y he consentido. Hé aqui todo.

Adela. (*Aparte observándola.*) Qué lenguaje! (*Alto.*) Hace un momento, Emilia, os preguntaba vuestras impresiones, confiada en vuestra amistad, en vuestra confianza... Mas ya que me he equivocado, yo seré quien os comunique las mias. (*Emilia hace un ademan de sorpresa.*) Voy á hablaros de una persona recien llegada á esta casa, de una persona cuyo recuerdo solo... ya lo veis, os hace perder el color, en una palabra, de vuestro primo. Temblais?

Emilia. Yo!

Adela. Si, os habeis turbado!

Emilia. Ah! no, no es verdad! Mas se acerca mi padre.

Adela. (*Ap.*) Que misterios serán estos... Dios mio!

ESCENA V.

DICHAS. EL CORONEL. *Despues* FRANCISCO.

Coronel. (*En voz baja á su muger.*) Acabo de separarme del vizconde, que se ha conducido con la mas esquisita delicadeza. Qué! si me admira cómo pudo propasarse de aquel modo... En fin, afortunadamente todo el daño se ha reparado, y para consolidar las paces le he convidado á venir á paseo con nosotros.
Adela. Y ha aceptado?
Coronel. Al pronto puso algunos reparos, como era natural, pero tuve la caridad de insistir y vendrá!
Adela. (*Ap.*) Qué partido he de tomar!
Coronel. Hola, aqui tenemos á Francisco! (*Aparece en efecto por el fondo.*)
Adela. Voy á mi cuarto un momento.
Francisco. Señora, felices dias.
Adela. Vuelvo al momento, sobrino, al momento.
(*Francisco acompaña á Adela hasta la puerta: entre tanto el coronel se acerca á su hija.*)

ESCENA VI.

FRANCISCO. EMILIA. EL CORONEL.

Coronel. (*A media voz.*) Anoche no te di el abrazo de costumbre!
Emilia. (*Con los ojos bajos.*) Harto lo sé!
Coronel. (*Abrazándola con ternura.*) Vaya, todo pasó ya: si supieras cuánto he sufrido!
Francisco. Juraria que sucede algo estraordinario en esta casa!
Coronel. (*Con cariño.*) No hablemos mas del particular; he perdonado, y lo que es mejor consentido en vuestro enlace: goza pues libremente de tu dicha. Me parece que no te quejarás de tu padre?
Francisco. (*Mirándolos.*) Bah! pues la está abrazando con la mayor ternura; me habré yo equivocado; si, no hay duda.
Coronel. Vamos, tranquilízate. (*Se dirige hácia Francisco, mientras Emilia vuelve la cabeza para enjugarse las

lágrimas.) Qué conmovida está la pobrecilla! (*Cogiendo á Francisco la mano.*) Amiguito, de ayer acá ha habido grandes acontecimientos.

Francisco. Si, eh? (*Ap.*) Si yo me atreviera á aprovechar esta ocasion para declararme...

Coronel. Tienes buen ojo, querido: al primer golpe de vista formaste tu opinion, que no ba fallado.

Francisco. (*Ap.*) Maldito si comprendo... Pero está de buen humor, y voy á espetarle mi confesion.

Coronel. (*Confidencialmente.*) Tenias razon... se aman.

Francisco. Se aman! quiénes!

Coronel. El vizconde y mi hija. (*Movimiento de Francisco.*) Chis! acaba de salir de aqui y me ha pedido su mano!

Francisco. (*Ap.*) Qué es lo que escucho!

Coronel. Ya se ve, yo qué he de hacer si se quieren? casarlos, y benditos de Dios sean.

Francisco. (*Ap.*) Mala bomba me aplaste.

Emilia. (*Ap.*) Qué le estará diciendo?

Coronel. Me retiro á hacer mil cosillas que tengo descuidadas desde ayer: á Dios! (*Hace que se va y vuelve.*) Sabes que ha sido feliz casualidad venir tan oportunamente para encontrarte en la boda?

Francisco. Tio!

Coronel. Me voy, me voy, que tengo prisa: dale la enhorabuena á la primita.

ESCENA VII.

EMILIA. FRANCISCO.

Emilia. Todo lo sabe!

Francisco. Uf! yo me ahogo! reviento! esto ha sido un cañonazo.

Emilia. Ya se acerca! qué le diré, Dios mio!

Francisco. (*Andando muy despacio hácia ella.*) Siento arrasados de lágrimas los ojos, pero la cólera me infundirá fuerzas.—Acabo de saber... me han hablado de una boda que colma vuestros deseos. Es un deber mio daros la enhorabuena, pero al mismo tiempo perdonad que me vea obligado á despedirme!

Emilia Os vais?

:

Francisco. (*Con acento dolorido.*) Sí, pero no por eso creais que son menos sinceros mis votos por vuestra dicha: sin embargo, es imposible, imposible, que yo presencie las fiestas que se preparan, porque sufriria mucho recordando otras ideas muy distintas que yo necio, tuve la osadía de concebir. Esas ideas, lo conozco, eran demasiado hermosas para mí, y debí desecharlas: pero por qué no me desengañaron, por qué se complacieron en atormentar el corazon de un pobre hombre que, capitan y todo, es tan tierno como el de cualquiera y sufre, sufre lo que no se puede esplicar! (*Se enjuga las lágrimas sin reparar en el dolor de Emilia, á quien no se atreve á mirar.*) Mas perdonadme, os estoy afligiendo sin necesidad: (*La mira.*) vos tambien llorais?

Emilia. (*Turbada.*) Sí, lloro amargamente... porque no hubiera sospechado que en la vida se amontonaran los infortunios tan sin tasa.

Francisco. Qué escucho!

Emilia. Dios sabe cuán solemne era mi propósito de obedecer sus decretos sin quejarme. Con gusto sacrificaba mi vida; pero atormentar mi corazon haciéndole aparecer como ingrato!... ay!

Francisco. Qué dices? no has consentido?

Emilia. Sí, sí... he consentido... he... No me hagas caso, Francisco, porque no me siento buena, y por piedad no me atormentes mas!

Francisco. No me has comprendido, Emilia?

Emilia. Ah! sí, demasiado...

Francisco. Sin embargo, no me quejo...

Emilia. Oh, ya sé que eres bueno y generoso!

Francisco. No te culpo, no: yo hubiera debido ocultar mi dolor, contentarme con tu amistad, porque tu amistad me la conservas, no es verdad?

Emilia. Ah! si supieras!...

Francisco. (*Con resignacion.*) Sí, sí; sé que en tí no ha consistido: vaya! no llores. Poseyendo tu amistad, yo no debí aspirar á... á esa otra cosa, para la que se requieren dones naturales que á mi me faltan... bien lo conozco. Ríete; sí, debes reirte de verme llorar como un chiquillo, porque lo mas triste de mi situacion es que no me queda la esperanza de recobrar lo

que pierdo; no señor, no soy yo de esos que andan con su corazon de ceca en meca ofreciéndoselo á todas; en amando una vez es para siempre!

Emilia. (*Ap.*) Yo muero!

Francisco. Ni dónde habia de encontrar otra que se te pareciera! en ninguna parte, porque tú misma no sabes lo que eres... En fin, tendré valor... me marcharé, me volveré á mis desiertos en busca de Hector, de tu hermano, que tambien lo es mio, y que llorará conmigo!

Emilia. (*Fuera de sí.*) Ah! no mas, no mas, Francisco; yo... (*Calla al ver aparecer al vizconde.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. EL VIZCONDE.

Vizconde. (*Despues de una pausa.*) Señorita, tengo el honor... (*Ap.*) Qué agitacion! (*Saludando á Francisco.*) Oh caballero! — Está en casa vuestro padre?

Emilia. Creo que sí... voy á ver...

Vizconde. (*Observándolos.*) No os molesteis por mí!

Emilia. Sí, sí, ahora recuerdo que íbamos á salir, y aun no estoy lista...

Vizconde. En ese caso, no insisto.

Francisco. (*Ap.*) Yo no sé lo que me pasa; estoy loco... (*Alto.*) Es verdad... yo tambien tenia que hacer en mi cuarto, y si me dais vuestro permiso...

Vizconde. Tratadme sin cumplimiento; ya he dicho que no queria estorbar.

Francisco. Mil gracias. (*Saludando.*) Hasta luego.

Emilia. Voy á avisar á papá.

Vizconde. Como gusteis.

Francisco. (*Desde la puerta.*) Afortunadamente no ha conocido nada.

ESCENA IX.

EL VIZCONDE.

No hay duda, me ocultan alguna cosa... encuentro á los dos turbados, balbucientes, y escapan luego que entro... La muchacha tenia los ojos encendidos... el

primito estaba agitado... Pues señor, convengamos en que mi situacion se va complicando terriblemente, y no estrañaré que me salga á la cara un galanteo que yo creía sin consecuencia... En realidad, voluntaria ó no, la boda no deja de convenirme, y justo es que haga algo en desagravio de ese pobre coronel. Pero si ahora salimos con que la ama el primo y á ella no le es indiferente, la hice buena, por vida mia.

ESCENA X.

EL VIZCONDE. EL CORONEL.

Coronel. Sois puntual, amiguito; asi me gusta. (*Dándole la mano.*) Pero qué teneis? estais como mi hija, confuso, turbado...

Vizconde. Ah! tambien habeis observado, coronel...

Coronel. Vaya! yo ya sé que los muchachos del dia tienen la alegría... íntima, como ellos la llaman... lo mismo es mi muger... porque es de advertir que las mugeres, cuando no tienen otra cosa que hacer, se inventan penas que las distraigan... Ahora acabo de encontrar á Adela, que me preguntaba muy agitada si estaba bien convencido de vuestro amor á mi hija; y por mas que la pinté la conmocion de la chica cuando la hallé bañando vuestro papel con sus lágrimas...

Vizconde. (*Con interes.*) Qué! qué habeis dicho?

Coronel. Yo... no... nada! (*Ap.*) Maldita lengua!

Vizconde. Sí por cierto; decís que la hallásteis!...

Coronel. En rigor, ya puedo contároslo todo, una vez que habeis recobrado mi estimacion. En un principio las apariencias me hacian esperar muy distinto desenlace, porque si hubierais sido, como temí, uno de esos jóvenes egoistas, desmoralizados, que se complacen en pervertir el corazon de una niña... hubiera preferido mataros... antes que entregaros mi hija... Afortunadamente todo se ha compuesto, y ya que os he dicho la mitad, sabed que el papel no me lo encontré, sino que la sorprendí con él en la mano. (*Movimiento del vizconde, que escucha con ansiedad.*) Ella me confesó haberle recibido de vos.

Vizconde. (*Ap.*) Qué es lo que escucho!

Coronel. La sorprendi... llorando como una Magdalena, despues de leer el dichoso papelito.
Vizconde. (*Ap.*) Qué idea se me ocurre!
Coronel. Ni á mi muger siquiera habia referido este incidente, y no penseis que se convenció de que lo supo, porque en metiéndosele á una muger una cosa en la cabeza... ya! ya! Con que, amiguito, os dejo un momento... saboread á vuestras anchas la buena noticia que os acabo de dar... yo pronto vuelvo. (*Se va por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XI.

EL VIZCONDE.

Estoy soñando por fuerza... Qué enredo es este que no comprendo! Encuentran á Emilia con mi carta en la mano, llorando amargamente al descubrir un secreto que su inocencia engrandeceria! Su padre, que la sorprende, no puede dudar que la carta es para ella, y la virtuosa jóven no se atreve á desengañarle por no afligirle mas. A este heróico pensamiento lo sacrifica todo, hasta su amor... (*Con energía.*) Oh! pues no, no se dirá que yo he sido la causa de su desdicha... aunque me cueste la vida. Pero necesito alguien que me ayude. (*Mirando hácia el fondo.*) A propósito, alli va el primo... Caballero! caballero!

ESCENA XII.

EL VIZCONDE. FRANCISCO.

Francisco. (*Atravesando por el fondo.*) Dispensadme... voy hácia abajo. — No me puedo detener...
Vizconde. Seamos francos; no es mas bien que os desagrada mi conversacion?
Francisco. (*Dando algunos pasos.*) Cómo!
Vizconde. Amigo, no lo estraño. Pero tengo que hablaros de un negocio importante...
Francisco. (*Ap.*) A Dios! ya habrá notado...
Vizconde. (*Con gravedad.*) Caballero...
Francisco. (*Ap.*) Qué tono! no cabe duda.

Vizconde. Hace un momento, estabais aqui con vuestra prima...

Francisco. Perdonad que os interrumpa, pero necesito ante todas cosas advertiros que por ofensivo que sea el lenguaje que conmigo useis...

Vizconde. Ahora se pica... Estamos medrados. Ya conozco que tendreis grandes deseos de pendencia, pero...

Francisco. No señor, no es eso lo que queria decir; es que estoy resuelto á rehuir toda provocacion.

Vizconde. Eh?

Francisco. Y ni por un baston de mariscal os tocaria á un pelo de la cabeza: no penseis por esto que os tengo mucho cariño, no; pero cómo ha de ser, creo que es deber mio obrar asi!

Vizconde. (*Ap.*) Esto es magnífico! Le robo la novia, y creyendo que ella me ama, soy sagrado para él. Está visto que hoy es el dia de los milagros. (*Alto.*) Pues yo, amigo mio, os aprecio con todo mi corazon...

Francisco. Mil gracias por el favor.

Vizconde. Oh! y espero conquistar vuestra amistad.

Francisco. En cuanto á eso... permitidme que lo dude...

Vizconde. Ya lo vereis!

Francisco. Cómo que lo veré!

Vizconde. Vaya, dejémonos de tonterías y hablemos de cosas mas graves. Sois hombre de honor, supongo.

Francisco. Caballero, abusais de lo que os he dicho tentando mi paciencia.

Vizconde. Caramba! qué vivo sois de genio! Dejadme esplicar. (*A media vóz.*) Habeis hecho alguna vez la corte á una muger casada?

Francisco. Eh! qué... cómo... por ventura...

Vizconde. Silencio por Dios...

Francisco. Pues me gusta la pregunta. Apenas le conozco y me viene con...

Vizconde. Hombre, no os enfadeis por eso!

Francisco. Pero si me decís que vais á hablarme de cosas graves y salís con que si...

Vizconde. A vos no os parece grave? Pues, amigo, á veces lo es terriblemente. Respondedme pronto... el tiempo urge...

Francisco. Deciais que si yo he tenido... con muger casada...

Vizconde. Sí.
Francisco. En mi vida: ni soñacion de tal cosa.
Vizconde. (*Ap.*) Cáspita! es un puritano!
Francisco. No he andado en esos pasos.
Vizconde. Si un hombre seducido, alucinado por una palabra ambigua, por una mirada, hubiera escrito una carta á una muger casada en términos que solo el fervor de la improvisacion puede disculpar...
Francisco. Señor mio, á mí qué me importa eso?
Vizconde. Cachaza. Si el marido hubiera cogido la carta...
Francisco. Y qué le tengo yo de remediar? (*Apartándose.*) Estoy bueno para oir...
Vizconde. Pero si...
Francisco. Obligarme á escuchar la historia de sus conquistas!
Vizconde. Venid acá, hombre de Dios!
Francisco. No señor, es una indecencia, una picardía pensar en esas cosas un hombre que se va á casar.
Vizconde. Quereis escucharme? (*Mas quedo.*) Si el marido tuviera una hija...
Francisco. Eh?
Vizconde. Y hubiera creido que era para ella el billete dirigido á su muger...
Francisco. Cómo?
Vizconde. Si esta hija sin igual no hubiera tituveado en sacrificarse callando, ahogando en su corazon un sentimiento mas dulce, el amor que cierto primo militar la habia inspirado...
Francisco. (*Dándole la mano.*) Ah! todo lo comprendo ahora!
Vizconde. (*Conmovido.*) En este caso ya conocereis que hay un hombre abrumado de remordimientos, ansioso de reparar los males que ha causado...
Francisco. Amigo mio!
Vizconde. Silencio! viene gente: es el coronel.
Francisco. (*Gozoso.*) Me ama! me ama!
Vizconde. Silencio!
Francisco. Me ama! no decís que me ama?
Vizconde. Callad! su padre se acerca...
Francisco. Y qué? sabiendo yo que me ama, de lo demas no se me da un bledo...
Vizconde. No, eh?

Francisco. De nada absolutamente.
Vizconde. Ni de mi boda?
Francisco. Ah! demonio! eso sí!
Vizconde. Pues en ese caso reportaos y no desmintais lo que yo diga, si quereis que se componga todo!
Francisco. A todo diré amen, callaré como un muerto.
Vizconde. Chiton! ponedme mala cara.

ESCENA XIII.

DICHOS. EL CORONEL.

Coronel. Las señoras estan encerradas, aviándose sin duda: ya no pueden tardar.
Vizconde. Amigo mio, disimulad que me apresure á comunicaros un suceso que no esperaba seguramente: noticioso este caballero de mi contratado enlace con vuestra hija, pretende oponerse...
Coronel. Cómo!
Vizconde. (*Quedo á Francisco.*) Manteneos firme.
Francisco. (*Lo mismo.*) No tengais cuidado! (*Se cruza de brazos.*)
Vizconde. (*Continuando.*) Dice que esta boda haria desgraciada á vuestra hija, porque no me ama!
Coronel. Eh?
Vizconde. Y que tendré que levantarle la tapa de los sesos antes de ser esposo de Emilia.
Francisco. Magnífico!
Coronel. Estoy soñando!
Francisco. No señor, no, estais despierto!...
Vizconde. Se ha atrevido á decirme que el móvil de esa resolucion desesperada es un amor ardiente, apasionado...
Francisco. Perfectamente!
Vizconde. Que le tiene loco...
Francisco. Bueno!...
Vizconde. Y que solo con su vida se apagará.
Francisco. Soberbio! habla como un libro!
Coronel. Yo estoy en babia! mi sobrino enamorado de...
Vizconde. Aun hay mas. Me ha dicho que era un fátuo...
Francisco. Perfectamente... digo, eso ya es demasiado...

Vizconde. (*Ap.*) Dejadme á mi. (*Alto.*) Si señor, un fátuo que tomando por pasion el esceso mismo de candor de la niña no reparé en escribir una carta que la hizo verter lágrimas... de indignacion!

Francisco. Asi!

Coronel. (*Con gravedad.*) Será posible!

Vizconde. Sorprendida entonces por vos, viéndose comprometida y temiendo nuestro enojo y las consecuencias que pudiera tener, quiso mejor sacrificarse que no ver la repeticion de escenas tan funestas como las que ayer contabais de la familia de los marqueses de Preval.

Coronel. Qué escucho!

Francisco. Pues el amigo no es lerdo! cáspita! y qué pico!

Vizconde. Tales han sido, amigo mio, las razones de vuestro sobrino...

Coronel. Pero Francisco...

Francisco. Sí señor, eso mismo exactamente le estaba yo diciendo á este caballero. (*Ap.*) Mal haya si se me hubiera ocurrido una sola palabra.

Vizconde. Y ahora presenciareis la respuesta que le iba á dar cuando entrásteis...

Francisco. (*Ap.*) La respuesta... ya me la sé yo.

Vizconde. (*Mirando con enojo á Francisco.*) Por mi parte, caballero, no puedo dar crédito á un error...

Francisco. (*Admirado.*) Eh?

Vizconde. Que me haria tan culpable; y por nada de este mundo renunciaré á mis derechos.

Francisco. Cómo!

Vizconde. No señor!

Prancisco. Hace un instante que...

Vizconde. Repito que no renuncio.

Francisco. Esto ha sido una traicion!

Vizconde. (*Ap.*) Torpe!

Coronel. Señores!

Francisco. Me ha engañado!...

Vizconde. (*Ap.*) Quereis callar? (*Alto.*) No señor, no renunciaré sino en el caso de que quedando completamente libre vuestra hija para elegir...

Francisco. Gracias á Dios!

Vizconde. Confirme las pretensiones de que hace alarde este caballero...

(*Adela y Emilia, asidas de la mano, aparecen en la izquierda.*)

Vizconde. En este caso, yo seré el primero que confiese mi error... mi falta, y pediré á todos mil perdones.

ESCENA XIV.

DICHOS. ADELA. EMILIA.

Adela. (*Adelantándose con Emilia.*) Pues podeis darlos por pedidos, porque no os han engañado...

Coronel. De veras? yo no sé lo que me pasa.

Adela. Sí, amigo mio, (*Con intencion mirando al vizconde.*) aunque breves, estos momentos de error han hecho padecer á todos demasiado, y ya es tiempo de disiparlos. Un pronto olvido sea la recompensa del arrepentimiento leal que este caballero manifiesta, y en cuanto á la que equivocadamente creiste culpable...

Coronel. Hija mia! te sacrificabas por mí!

Adela. Si. (*Ap.*) Y por mí!

Coronel. (*Abrazándola.*) Hija de mi corazon!

Francisco. Reventaria si no llorara...

Coronel. (*Señalando á Francisco.*) Con que ese perillan es el afortunado?

Emilia. (*Con rubor.*) Si, padre mio.

Coronel. Venid los dos á mis brazos.

Adela. (*Al vizconde sin mirarle.*) Y vos, caballero, si quereis conservar mi estimacion, no volvais á poneros en mi presencia.

Vizconde. Señora, si alucinado por la pasion pude un momento perturbar vuestro reposo, ya veis cómo he sabido reparar mi error. Señores, á todos suplico que me dispensen, y no duden que llevo grabadas en el corazon las bondades que me han dispensado.

(*El coronel y Francisco salen á despedirle, y este le aprieta la mano con disimulo.*)

Adela. (*Con ternura.*) Emilia mia! eres un angel! pero yo tambien soy digna de tenerte á mi lado!

Emilia. (*Arrojándose en sus brazos.*) Madre mia!! (*Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.